

**PROYECTO DE INVESTIGACIÓN CAVCA.  
LAS PIZARRAS 2006-2009. COCA (SEGOVIA).**

**Cesáreo Pérez González (dir.) y Olivia V. Reyes Hernando (coord).**

*Oppidum. Cuadernos de Investigación*, Anejo 2.

IE Universidad. Segovia, 2012. [CD-Rom]. IV Vols, 1176 pp.

Este profundo estudio sobre el proyecto de investigación en Las Pizarras se estructura en cuatro grandes bloques con diferentes contenidos y grados de exhaustividad. El primero trata sobre los aspectos físicos del yacimiento, la historiografía arqueológica de *Caunca*, tipos de hábitat detectados y su secuencia ocupacional. El segundo versa sobre el estudio de los objetos, las analíticas realizadas y restos antropológicos hallados. El tercer bloque presenta las fichas de las distintas intervenciones realizadas, más la presencia en los medios de comunicación, unas consideraciones finales y la bibliografía utilizada. Y por último, el cuarto bloque muestra los datos que sirvieron para realizar el informe poblacional. Se podría considerar que hay una cierta descompensación entre los diferentes capítulos; pero ello no menoscaba el valor del trabajo, principalmente debido a la importancia de los restos exhumados, a la secuencia evolutiva y precisión cronológica propuesta por los autores.

Dentro de los aspectos físicos incluidos en el primer bloque, se expone un ilustrado apartado sobre el medio físico actual en torno a Coca, realizado por Fuencisla Vicente Rodado. El rango más destacado es la constatación de un meandro fosilizado del río Eresma cercano al yacimiento de Las Pizarras (vol. I: 14). La segunda parte trata sobre el desarrollo histórico de ese medio físico, concretado en su paisaje, fauna y clima; siendo firmado por Pablo Tejedo Sanz. Destaca el análisis zoológico realizado a los restos óseos de las diferentes excavaciones con datación romana, que permite definir un sesgo del registro natural durante ese periodo (vol. I: 31-34).

La tercera parte irrumpe ya en materia exclusivamente arqueológica. Consiste en un pormenorizado compendio de información sobre las excavaciones efectuadas con anterioridad a 2006 en Coca. Se divide entre los trabajos realizados antes y después de la participación de la Universidad SEK. La primera parte es firmada por Juan Francisco Blanco García, quién muestra un gran dominio sobre dicha temática, entre otras razones porque su tesis doctoral tuvo como objeto una parte de la historia de Coca, unido a que dirigió durante años la Escuela Taller de dicha localidad, trabajando en múltiples intervenciones arqueológicas. La acumulación de datos abarca desde 1596 hasta las intervenciones del año 2000, siendo narrada cronológicamente. Son de destacar algunos aspectos como la constatación de exploraciones antiguas, que se relacionan con algunas estructuras documentadas durante la excavación; caso de zanjas de saqueo efectuadas durante el siglo XVIII (vol. I: 50); o el propio análisis historiográfico, al realizar valoraciones de interés, como por ejemplo el escaso interés que suscitó a prestigiosos arqueólogos, como Blas Taracena o Antonio Molinero, tan prolijos en otros lares (vol. I: 56), o la ausencia de trabajos en la década de los años 70 del siglo pasado. Significativos son los datos aportados sobre la excavación de la necrópolis del Cantosal y su proceso de excavación-destrucción (vol. I: 56), poco conocidos en general. La narración continúa con la década de los 80, momento en el que el autor ya comenzaba a ofrecer los primeros resultados de investigación. Entonces, el interés se dirigía hacia la reafirmación del origen caucense del emperador Teodosio. A partir de 1987 es cuando *Caunca* entra de pleno en el reconocimiento científico, debido a la continuidad de los trabajos de excavación y a los consiguientes estudios de la Escuela Taller de Coca (vol. I: 62). La contrapartida viene con el carácter inédito de las memorias de excavación. Sólo se



habían publicado trabajos parciales. Con estos datos, Blanco (vol. I: 63) efectúa una evaluación del poblamiento, desde la *Cauca* inicial –dentro de la I Edad del Hierro–, su posterior expansión y creación como *oppidum* entre los siglos III y I a. C.; con diferentes áreas –una artesanal en los Azafranales–, hasta la época romana, que mantendría la población, reduciéndose durante la tardoantigüedad. Continúa con la narración entre 1987 y 1991, con la desenfrenada labor exploratoria efectuada por diferentes arqueólogos, siendo calificada como la parte más negra de la historiografía arqueológica de Coca. El autor critica a los directores por mantener trabajos inéditos (vol. I: 63), verdadera lacra de esta profesión. Finaliza el periplo con la truncada tentativa de crear el Museo Arqueológico de Coca (vol. I: 67). Seguidamente narra la amplia excavación de los Azafranales, efectuada por Cesáreo Pérez y la Universidad SEK en 1999, resultando ser un hito, debido a la secuencia evolutiva obtenida, con ocupación en la Primera y Segunda Edad del Hierro e importantes estructuras romanas. Concluye con la descripción de los trabajos en La Cuesta del Mercado y de la epigrafía hallada.

Seguidamente se recapitula la actividad desarrollada por IE Universidad desde 1999 con el “*Proyecto Integral de Investigación Cauca*”, hasta la finalización del actual *Proyecto de Investigación Cauca: Las Pizarras 2006-2009*. Se bosquejan las diversas actuaciones, inherentes a la labor investigadora, divulgadora y docente. Y se constata como a partir del año 2000, la Universidad ha desarrollado de manera sistemática intervenciones arqueológicas en el pago de Las Pizarras sobre las parcelas 1 (año 2000), 7 (2001-2004, 2006) y 8 (2005, 2006-2009). Por último, se mencionan los contratos y convenios de colaboración; la divulgación de resultados en foros científicos, académicos y exposiciones temporales; junto con otras iniciativas académicas, como el taller *Cauca*.

Tras estos capítulos introductorios llega un apartado clave para el conocimiento de los trabajos desde 2006 a 2009, realizado por Cesáreo Pérez González y Olivia V. Reyes Hernando; ya que analizan los tipos de hábitat y su secuencia ocupacional. Inician la descripción con una pequeña introducción de los trabajos previos durante la década de los 90. Seguidamente exponen con detenimiento el plan de investigación, su metodología, planificación y estrategia de las diferentes campañas de excavación. Se comprueba cómo modificaban los planteamientos en función de los resultados de cada año, ejemplo de versatilidad en la optimización de los recursos. La experiencia del equipo ha permitido valorar y comprender la importancia del yacimiento, y de las técnicas constructivas y ornamentales del edificio. La descripción de los elementos se inicia con la parcela 1, polígono 4 y la excavación en las proximidades del edificio de los Cinco Caños en el año 2000. Allí se detectó otra interesante secuencia tardoantigua. En 2001 se continuó en la parcela 7 hasta que en 2005 se cambió a la 8, desplazándose la excavación unos 200 metros. El descubrimiento de cuatro estancias y una gran sala con mármoles ofreció muy buenas expectativas, confirmadas con la monumentalidad y escenografías de los restos hallados en 2008 y 2009. La extensión excavada entre 2000 y 2009 fue importante, 2.240 m<sup>2</sup>. Pero aún más es la estimación de 7000 m<sup>2</sup> para todo el conjunto de la residencia, cifra provisional en función del peristilo detectado. Son guarismos muy superiores al de cualquier villa meseteña y no comparables a ninguna de las conocidas. (vol. I: 88-95).

Seguidamente los autores describen la secuencia ocupacional ordenada de lo más antiguo hasta lo más moderno. La *Fase I* consiste en la edificación del conjunto monumental. Se detienen magistralmente en el análisis de estructuras, los procesos constructivos y su planificación. La exhaustividad del trabajo se observa en algunos pequeños detalles, como la aparición de esquirolas de mármol en el *rudus* de los pavimentos, indicando el tallado final a pie de obra. Esa minuciosidad en el registro e interpretación permiten a los autores detectar la cota de obra, las cajas de cimentación basadas en zapatas continuas, restos del encofrado, el hincado de bloques verticales de esquistos como base de cimientos para proteger de la humedad, o el sistema de cimiento y construcción por medio de

tongadas de encofrado. Todo condicionado por la escasez de alzado en las estructuras, la colmatación de tumbas y las actividades extractivas (vol. I: 105-116). Es significativo el aparejo empleado, con verdugadas de ladrillo, alejado del *emplecton*, con paralelos en Carranque entre otros, utilizado como argumento cronológico (vol. I: 117). No olvidan tampoco aspectos generales como la nivelación del terreno (vol. I: 105-107). Esta dinámica es observable en otras villas, como las sorianas. La consiguiente interpretación que efectúan los autores es excepcional –por la visión renovadora que ofrece– al proponer que “*no siempre debemos considerar un desastre la destrucción de los niveles precedentes*”. También detectan el colapso de estructuras hacia el interior del patio y el cosido de los sillares con mortero.

El resultado constructivo fue la creación de un peristilo columnado, descansando en arquerías de ladrillo, con suelo de mármol blanco con paralelos en época teodosiana y gran estanque central. Llamativa es la procedencia de las lastras, originarias de Almadén de la Plata (Sevilla). La cubierta estaría compuesta de *tegulae* e imbrices principalmente en el corredor porticado, con abovedado en la cabecera absidial (vol. I: 120-129). El embellecimiento de los interiores es descrito con detalle, a partir de las estructuras positivas como negativas. El revestimiento de suelos y paredes de mármol fue general. Predominaron los colores blancos y grises, de orígenes diversos. Posteriormente, el mármol fue reutilizado, en una depredación sistemática (vol. I: 137). La abundancia de *tesellae* localizadas en espacios libres sugieren la existencia de mosaicos parietales, así como estucos en las Salas I, II y IV. El *Sectile pavimentum* encontrado *in situ* es –simplemente– espectacular, además de los conservados en el estanque monumental (vol. I: 146 y ss).

Con todos estos datos los autores proponen una interpretación de la fase constructiva, con dos restituciones volumétricas, dando como resultado una planta centrada con patio interior rodeado de pórticos (de 64 m de lado). Sobre ella se distribuyen las distintas cámaras, con accesos restringidos, donde no todos darían al frente porticado. Esto es ciertamente una novedad: la presencia de cámaras absidiadas internas. Otras abren al exterior del pórtico, como la suntuosa Sala V (de 141 m<sup>2</sup>), equiparable a las Aulas Regias. La existencia de mosaicos en paredes o cubiertas en la Sala VI marca una prelación al estar en un nivel superior; igual que la existencia de una pasarela sobre el *Stagnum*, con su torre del agua y espacios diferenciados (vol. I: 155 y ss). Así proponen una escenografía diferenciada en dos áreas: una protocolaria muy monumental, con peristilo y estanque, y otra solemne, como gran salón de recepción (Sala V). No es extraño que los autores señalen que “*El edificio en cuestión supera cualquier expectativa de villa o ambiente suburbano*”; siendo muy prudentes de no relacionarlo directamente con Teodosio I o su familia, aunque todo apunte hacia esa dirección. Sólo falta el registro epigráfico que lo confirme.

La segunda fase propuesta consta de cuatro procesos deconstructivos y/o de reutilización. Un primer momento consiste en la transformación funcional de los espacios. Tras el expolio de los mármoles, el conjunto inicia distintas fases con cambios, que generan un deterioro notable (vol. I: 184). La zona se transforma en un vertedero y acertadamente los autores señalan la necesidad de que hubiera un lugar de hábitat que generase esos desperdicios. Parece que no se produjo un abandono, sino el cambio y reducción de la habitabilidad. Ello es coincidente con lo detectado en otras zonas geográficas; consecuencia de un proceso de fragmentación y desarticulación de las estructuras previas. Los autores dejan algunos interrogantes abiertos: como el origen del expolio, fruto de un colapso de estructuras o de puntuales acciones que precipitasen el proceso. El tercer uso sería el de *necrópolis tardoantigua*. Se desconoce si hubo coexistencia entre el uso residual del peristilo y el espacio cementerial. La falta de depósitos funerarios/ajueros y el deterioro de los huesos ha impedido un mayor conocimiento del cementerio. Esto es suplido por las dataciones radiocarbónicas y el estudio

estratigráfico. Los autores fechan –acertadamente– el inicio de su uso a partir de la segunda mitad del siglo V d. C. y finalizaría en el VII d. C. Y por último, dentro de esta fase detectaron la edificación del Recinto I, aportando un meritorio análisis explicativo. El resultado sería una más de esas transformaciones “olvidadas” de las *uillae*. Fenómeno generalizado, aunque poco atractivo para gran parte de los investigadores y por ello despreciado. El Recinto aparece con material asociado que concreta su horizonte cronológico, a partir de dos broches liriformes (vol. I: 203). Excepcional el hallazgo y excepcional la interpretación. Posteriormente, todo el conjunto fue amortizado por el colapso de los muros de tapial. Sólo transcurrió un siglo y medio desde el abandono del pabellón oriental hasta su readaptación. Pocas veces, en un periodo tan corto dentro de la Antigüedad Tardía se interpreta una secuencia evolutiva tan completa y compleja. Parece que las estructuras estarían en pie, aunque fuese parcialmente (vol. I: 188-203 y ss). Análisis poco frecuente en las explicaciones e interpretaciones de las estructuras negativas.

La última fase (III) se desarrollaría durante la época medieval, formada por distintos acontecimientos. El primero fue la ruina y *spolia* del lugar. Parece que el declive final de las ruinas se produjo en fechas previas a su reconversión funeraria en época medieval. Los autores detectan la extracción sistemática de pizarras y ladrillos. Posteriormente se produce el uso como necrópolis medieval en determinadas áreas; fechada correctamente por la tipología de las estructuras funerarias. Y por último, ya en época bajo medieval se construye el Recinto II, con sólidos cimientos, registrados a pesar de su eliminación de época moderna. La presencia de restos de madera, grano, tinajas y un lote cerámico precisa el uso del Recinto II. Su desaparición se produjo por un incendio fortuito, en la primera mitad del siglo XIV, corroborado con análisis de radiocarbónico. Sería parte del Arrabal del Mercado. (vol. I: 214).

El estudio continúa con un nuevo bloque, el volumen II donde se analizan los materiales muebles descubiertos. No se trata de un catálogo exhaustivo sino de su presentación justificativa por tipos de material. El análisis en su conjunto es acertado, más cuando está condicionado por el deterioro del conjunto debido a las labores extractivas posteriores.

Comenzando con la cerámica, sólo nos detendremos en algunas especies, debido al interés que suscitan. En primer lugar, dentro de la cerámica común aparecen las cerámicas grises bruñidas imitación de *sigillata* (CGIS), ninguna estampillada, coincidiendo en el tiempo con la transformación funcional de los espacios (Estadio I, *Fase II*). Son cerámicas que imitan las formas de las TSHT, coexistiendo con sus últimas producciones, pero que difieren en el acabado, normalmente bruñido. En principio, se viene datando en la segunda mitad del siglo V d. C. aunque podrían iniciarse en la primera mitad. Los autores se atreven a concretar fechas a partir de pequeños detalles como el uso del peine, determinando una data posterior al siglo V, mucho más entroncada con las producciones de los siglos VI-VII. Las cerámicas hispanovisigodas son escasas en Las Pizarras. Otro lote interesante es el relacionado con el incendio fortuito del Recinto II, con *terminus ante quem* de mediados del siglo XIV. Respecto a la TSHT es de destacar que aparece en contextos definidos y concretos del edificio, ofreciendo una importante información cronológica; caso de la UE 307 (relleno tras el saqueo del muro oriental del Ala E) y de las UE 312, 290 y 289 entre otras, todas selladas por vertidos posteriores que permiten ajustar la datación de la amortización del Ala E del edificio (vol. II: 54). Dentro del conjunto, están presentes formas poco abundantes como la Hisp. 71, centrada entre la segunda mitad del siglo IV/ comienzos del V. Bajo esta misma cronología aparecen la Palol 3, Hisp. 77, Hisp. 80 y la Hisp. 74. Ésta última proviene mayoritariamente de los vertidos al interior del ala oriental del peristilo, datados a inicios del siglo V. La Hisp. 8 está presente en niveles de la primera mitad del siglo IV; aunque un fragmento decorado a molde es fechado entre los años 450-490 d. C.; aspecto relevante e

innovador. Y -al menos- cuarenta fragmentos provienen de sustratos de amortización en el corredor porticado e interior del patio. Otras formas con fechas sincrónicas son la Palol 9 y 11, Hisp. 37. Hisp. 48. Y por último, los autores señalan la necesidad de precisar aún más las cronologías de la Hisp. 6, que actualmente presentan un sesgo excesivamente amplio.

Los autores del estudio incluyen una pieza de *terra Sigillata hispánica gris tardía* en el apartado correspondiente a las formas de hispánica tardía, concretamente es un fragmento de jarro con pasta gris (*TSHTG*) hallado en el interior de la colmatación de una zanja de saqueo (UE 307). Sólo se diferencia de la TSHT en la variación de su pasta. Su cronología nunca sería anterior a mediados del siglo IV avanzado (vol. II: 57-62). De esta manera, entran en la controversia sobre su definición/producción. Hacen constar que las producciones de *TSHTG* o *TSHT-DSP* parten de una factura hispana, teniendo influencias africanas y gálicas. Reflexiones que hay que tener en cuenta. Nosotros hemos detectado el mismo fenómeno en recipientes procedentes de yacimientos sorianos. Los fragmentos podrían incluirse en algunas formas de TSHT, diferenciándose claramente en la cocción y composición. Delimitan con claridad el problema clasificatorio: hay piezas que parecen beber de formas galas, y por ello se incluyen en la tipología establecida por Rigoir (1968) (vol. II: 63). Aún hoy se les denomina de diferentes maneras, muestra del escaso triunfo de una nomenclatura común y del poco consenso entre los investigadores. Podría ser acertada la asignación del nombre TSHT, - al que se adhieren los autores del estudio- tal y como propuso Juan Tovar, si es que tienen un origen hispano, tal y como evidenciarían algunos aspectos de su producción. Como bien señalan: “*hey, sabemos que la mayoría de estos utensilios son imitados y copiados en suelo hispano, y no resulta fácil distinguir lo autóctono de algunos recipientes importados*” (vol. II: 65). Son documentadas a partir del último tercio del siglo IV d. C. en la Península Ibérica. Estas cerámicas no pueden adelantarse antes de la segunda mitad del s. IV; hecho que coincide con las cronologías propuestas para los contextos de amortización de la Sala III. Sin duda, el material de las Pizarras aportará claridad a esta temática en un futuro por la secuencia cronológica detectada.

Y por último es interesante la presencia de la *Cerámica Pintada de Tradición Indígena* aunque sea de manera muy reducida, ya que recalca la existencia de determinadas especies en contextos de fines del siglo IV- principios del V (vol. II: 103-5).

Los metales son identificados por su atribución funcional. Interesantes son: la reja de arado por su novedad formal; la hoz que corrobora modelos tardoantiguos, ya propuestos para yacimientos sorianos; y el podón, que correspondería al siglo VII d. C. por su inclusión dentro del Recinto I. Como objetos de uso ganadero aparece un cercero y del forestal un hacha *bippenis* relacionada con la explotación resinera. Vinculan una rascadera o barrasquillo, una barrena, un buril y un escoplo con labores artesanales madereras. Otros útiles estudiados son sendas azuelas, una espátula, dos filos de tijeras y una cuchara de hierro, dos llaves articuladas, grapas, argollas, dos ganchos, uno interpretado como percha de lucerna, una posible virola y dos lengüetas divergentes, entre otros. Sin duda un elenco importante de útiles que vienen a completar el panorama ofrecido por depósitos muy conocidos, como los de Vadillo y La Yecla. (vol. II: 115-117).

Del servicio de mesa destaca un cuenco de bronce n.º 37, que formó parte del ajuar doméstico de las villas. Proponen su función como palangana, destinada a la higiene de las manos durante el banquete, sugerente planteamiento (vol. II: 115-123). Los ejemplares de la indumentaria personal y sus complementos son escasos, pero muy significativos, caso de las placas liriformes de cinturón y una aguja de hebilla.

Respecto a las 22 monedas que analizan, son relacionadas con los ambientes de ocupación y sus posteriores alteraciones. La fecha más temprana de acuñación corresponde a una moneda del

emperador Galieno. En cambio, las fechadas en el siglo IV d. C. son las más abundantes, predominando las acuñadas por Constancio II (M6-M12). De todo el conjunto son significativos dos ejemplares: un *AE* 2 del Emperador Magno Máximo (M15) y un *AE* 4 de Teodosio (M16), acuñados entre el 388 y el 393; tanto por su estado de conservación como por aportar un fiable *terminus post quem* a los vertidos y primera transformación del edificio. Los autores concluyen que el conjunto monetario parece iniciarse en los años inmediatos al 340 d. C., concentrándose hasta el 378 d. C. Los dos ejemplares reseñados marcarían el abandono del edificio a fines del siglo IV. (vol. II: 133-135).

El vidrio es numeroso y aparecía en estado muy fragmentado, en contextos secundarios, poco decorados, tallados o figurados. Un fragmento singular es el cuenco n.º 23 (Isings 96b) con línea y cabujón, rasgos característicos de los vidrios a partir de la segunda mitad del s. IV. Aquí se asocia a los depósitos relacionados con los vertidos realizados sobre el peristilo y patio (vol. II: 147-151).

Dentro del apartado sobre la orfebrería se incluye un anillo de bronce, que apareció en el interior de la atarjea que rodeaba el estanque central. Debió perderse cuando el sistema hidráulico del complejo estaba en uso. La presencia de crismón en el chatón del anillo lleva a los autores a realizar un análisis de ese símbolo durante el siglo IV en *Hispania* principalmente, proponiendo una cronología de la segunda mitad del siglo IV para el ejemplar caucense (vol. II: 159-163).

El estudio de la industria ósea incluye una larga lista de objetos con funciones diferentes. Destacan los *acus crinalis*, algunas piezas de cajita, mueble o tablero, *calculi* de juego, trabajados sobre asta de cérvidos y un dado (*tesseræ*). (vol. II: 167-171).

Respecto a la epigrafía, por una parte se hace un rápido recorrido de las inscripciones halladas en el yacimiento en años anteriores, para luego centrarse en los dos ejemplares descubiertos desde el 2005. El fragmento más significativo es una pizarra cifrada hallada en la colmatación de la gran zanja que saqueó el ángulo N del peristilo. A este tipo de material se le suele vincular con actividades agropecuarias, y aquí con su tributación (vol. II: II, 175- 180).

Es de reseñar también, el análisis del material constructivo, que como muy bien indican los autores, a pesar de ser uno de los elementos más numerosos aparecidos en cualquier asentamiento romano, no es frecuente su estudio. Lo más significativo son las apreciaciones cronológicas que proponen. Todo el material parece proceder de talleres locales. Durante época visigoda, dentro de una construcción apareció “*un depósito de material de construcción romano, perfectamente colocado en un patio bien para ser reutilizado o para su venta*”. De esta manera, se explica parte del saqueo sistemático que sufrió el edificio (vol. II: 182-186).

Las analíticas principalmente corresponden a la datación radiocarbónica de tres muestras, a la composición química de los mármoles y al estudio de la fauna del yacimiento. La primera muestra radiocarbónica tuvo por objetivo precisar la fecha del cementerio tardoantiguo. La reutilización de las sepulturas en varias ocasiones y fundamentalmente la descomposición/desaparición de gran parte del material óseo condicionaban los restos. La muestra elegida pertenece al enterramiento 24 por su buen estado de conservación y mínima alteración. El resultado fue concluyente: un 95% ( $2\sigma$ ), entre los años 602 a 658 d. C. La segunda toma proviene del Recinto II, concretamente de la madera conservada en el interior del arado, con un intervalo del 95% ( $2\sigma$ ), ofreciendo una fecha comprendida entre los años 1281 a 1392 d. C.; que unido a la tercera muestra, una concentración de grano localizada en el sector más occidental, junto a los restos de la tinaja, permitió fechar la destrucción del Recinto II entre 1353 y 1389 (vol. II: 182-186).

Por otra parte, la finalidad del análisis de los mármoles fue fijar su procedencia. El estudio ha determinado diferentes orígenes no-hispánicos, caso del *marmor* de Docimeion (Iscehisar, Asia Menor), o los procedentes de *Afyon* o *Pavonaazetto* usados profusamente para revestir los suelos y

paredes del edificio, o de *Proconeso* (Isla de Mármara, Turquía) utilizados en los capiteles. En cambio, los originarios de la Península Ibérica proceden del anticlinal de Estremoz. Las analíticas de los restos óseos faunísticos han concluido que entre los animales cazados hubo lagomorfos salvajes (liebre) y cérvidos (adultos). Y que las especies consumidas con mayor frecuencia fueron: ovicápridos, lagomorfos (conejo), bóvidos (con edad de muerte inferior a tres años y medio), cerdos y caballos.

El análisis antropológico de la población es realizado por Jesús Herrerín López, siendo el apartado más extenso. Tras una profunda introducción metodológica, estudia cada uno de los enterramientos determinando el sexo, edad estimada y posibles patologías. El capítulo se completa con el examen sobre la morfología de la población, a partir de las diferentes medidas óseas, para conocer cómo eran las dos poblaciones enterradas en Las Pizarras, la tardoantigua y la medieval. Para ello se realizó diferentes análisis, caso del estudio del tamaño de los cráneos, la estatura, el dimorfismo sexual y la comparación con otras poblaciones. De ellos se puede extraer como conclusiones más relevantes la existencia de un alto dimorfismo sexual, donde los hombres fueron un 4,20% más altos que las mujeres. A su vez, parece que las mujeres de la Coca medieval eran más robustas que las tardoantiguas, y que los hombres tardoantiguos tenían los brazos más robustos que los medievales. Con respecto a los hombres tardoantiguos de Coca se observó que su estatura fue baja y que las mujeres fueron más altas que el resto de las series. Es muy representativo el número de individuos menores de 1 año exhumados (un 28,57% del total), lo que indicaría una elevada mortalidad infantil. Los individuos adultos están muy poco representados. Además un 75% del total de las mujeres adultas fallecieron en edad reproductora, entre los 19 y 39 años. Para la serie medieval se vuelve a repetir el gran riesgo de muerte durante el parto y en edad perinatal; comportamiento poblacional conocido para poblaciones preindustriales.

El capítulo III incorpora las Fichas de Intervención Arqueológica de cada una de las cuatro campañas realizadas. Poseen un alto contenido administrativo, que no impide ser una esforzada síntesis de cada intervención. Tras ello incluyen un dossier fotográfico sobre las noticias recopiladas en los medios de comunicación.

La última parte de este capítulo se presenta como consideraciones finales, establecidas por Cesáreo Pérez González y Olivia V. Reyes Hernando. Es un escrupuloso resumen histórico-arqueológico del yacimiento. Por las características definidas, su *possessor* debió pertenecer a la más alta aristocracia hispana, con raigambre en la zona; lo que le permitió edificar un complejo de proporciones inusitadas, pues su tamaño y riqueza excede al de cualquier otro. Los rasgos que singularizan el edificio de Las Pizarras como un edificio excepcional son los siguientes, según señalan los autores:

- las grandes dimensiones, estimadas en unos 7.000 m<sup>2</sup>.
- una técnica mixta en su construcción, cercana a la oriental de carácter oficial.
- la presencia de un excelente aparato decorativo que desborda todas las expectativas conocidas para cualquier villa, con mármoles de una gran variedad y orígenes remotos; procedentes de canteras imperiales. Entre ellos grandes losas rectangulares que superan el metro de longitud (*litostrota*). O la utilización de pavimentos musivos (*opus tessellatum*) en techos, con gran cantidad de piezas vítreas. Mientras que en el resto de la península se utilizaban principalmente en suelos. Ese programa no sólo revela el esquema decorativo que ornó sus suelos, sino también la indicación de los accesos mediante el cambio en el ritmo compositivo.
- la existencia de un espacio porticado con ambiente acuático; centro referencial del conjunto.
- la recreación de un ambiente “palaciego”, con un aula como emulación de recepción palatina.

- la sorprendente distribución interna de los espacios, sin comunicación directa con el patio.  
 - el esfuerzo económico debió marcar la vida de las gentes de la zona, por lo insólito que debió resultar la traída de fabulosas cantidades de mármol, convirtiéndose en un referente.

- la existencia de una secuencia compleja e ininterrumpida durante toda la Antigüedad Tardía deja en evidencia otros planteamientos muy defendidos en ciertas ocasiones, como el abandono de las villas a finales del siglo IV, generalmente basados en la excavación sin un riguroso estudio de sus materiales. Aquí -sin embargo- la construcción se centra en la segunda mitad del siglo IV d. C. La sencillez de líneas de los pavimentos marmóreos lo separa cronológicamente de otros importantes solados hispanos realizados durante el siglo IV.

- la singularidad en la detección de transformaciones y su contextualización, origina que se tenga conocimiento del acopio de los materiales susceptibles de ser reutilizados, de la reducción del espacio de hábitat y continuidad de sus moradores, que deciden cambiar el uso de los espacios que ya han perdido su sentido original. Ya desde mediados del siglo V se convierte el espacio en área cementerial, posteriormente amortizada parcialmente por la construcción del Recinto I durante el siglo VII, momento en el que se siguió utilizando la necrópolis. Aquí no acaban los cambios. Ya en la Edad Media se vuelve a tener otra vez un uso funerario, evidenciando entonces la completa ocultación de las estructuras romanas, siendo el patio el sitio idóneo para ello. En cambio, el corredor, ya quedaba enmascarado por los derrumbes. En el siglo XIV se constata la construcción del último espacio, el Recinto II, ambiente relacionado con las tareas agrícolas. Después sólo queda el abandono final y cambio de uso como zona de cultivo (vol. III: 65-68).

El último bloque corresponde al anexo IV, prologado por Cesáreo Pérez González y Olivia V. Reyes Hernando, consistente en la publicación de los datos sobre los que se asienta el análisis antropológico. Es riguroso y completo.

En resumen, el estudio amplía el conocimiento sobre el yacimiento de Las Pizarras, complemento a los anteriores informes. Así avanza al tener una amplia visión de las actuaciones realizadas y fundamentalmente al secuenciar las fases de ocupación. No se le puede calificar estrictamente de memoria. Sin duda en el momento en que se aborde dicho trabajo, ante la minuciosidad en el registro detectado y el virtuosismo interpretativo el resultado será clave para convertir el yacimiento de las Pizarras en referente del mundo tardoantiguo.

EUSEBIO DOHIJO

\*\*\*\*\*